

Dr. Osvaldo Puccio

El año raro que termina

Aportes para un balance internacional del 2021

Al concluir el 2021 el segundo año marcado por la pandemia del Covid 19 que como nos fuimos enterando por el camino es un virus con una gran capacidad de mutar y retrotraernos entonces a momentos de asombro, temores por el desconocimiento de lo que estamos enfrentando y lo que está apareciendo y no poca impotencia.

Hacer un balance de lo sucedido a nivel global parece imposible por lo inusitado de mucho de lo sucedido y, desde luego, sin dar cuenta del sello y la marca que la enfermedad que ha afectado de manera general, extendida y desigual al conjunto del planeta aunque no siempre la desigualdad tuvo que ver con la mayor o menor cantidad de recursos de cada uno de los países y las regiones que lo han padecido y lo están padeciendo.

Las consecuencias no solo sanitarias o de morbilidad son extraordinarias, sino lo son también las muy evidentes en el plano de la economía, del orden público y desde luego de la cultura así como de las relaciones de las personas con las instituciones, de las personas entre sí y de un modo singular y con consecuencias que es difícil prever de las propias subjetividades de cada uno de los individuos que la han padecido con independencia de las condiciones sociológicas etarias, culturales, psicológicas y, porqué no decirlo también aquello que está tan ausente en este tipo de análisis y que son eso que llamamos las profundidades y meandros de lo que con un cierto regusto kitsch solemos llamar el alma de cada uno.

Las consecuencias no solo sanitarias o de morbilidad son extraordinarias, sino lo son también las muy evidentes en el plano de la economía

No es difícil imaginar que los niños y niñas de temprana edad hoy por hoy que son los que, al menos en una parte de la tierra, podrán -estadísticamente hablando- celebrar vivos y saludables la llegada del 2122 comentarán con los de su generación en cualquier lugar del planeta las experiencias compartidas de haber asistido a la escuela con mascarilla y debido guardar distancia física de sus compañeros.

La Pandemia ha sido el sello, probablemente indeleble, de un tramo de la vida y ha marcado el devenir y la configuración política, social y cultural de los tiempos que corren.

Es un contraste interesante si se miran los debates, los escritos, incluso literarios, y los programas políticos y sociales muy globalizantes al uso de la época que surgieron durante el desarrollo de lo que dió -con injusticia- en llamarse la „gripe española“ hace ya un siglo comprobar que no se consigna aquel desastre sanitario como un factor de la política o de esos escritos no obstante que según estadísticas -que aunque difieren- hablan en sus cálculos más conservadores de 50 millones de muertes, una cantidad equivalente a la causada en la Primera Guerra Mundial contemporánea a ella. Aquella peste no estuvo presente en las reflexiones de Hitler en “Mi Lucha”, de Keynes en sus escritos que sustentaron el New Deal en Estados Unidos o de Lenin en sus proclamas o debates con Kautsky del que tampoco se sabe la haya mencionado.



Hoy es un factor omnipresente en los análisis y propuestas y su modo y manera de ser confrontada el baremo más importante en la opinión pública y sus cambios de ánimo, juicios y talentos. Las nuevas tecnologías que han cambiado de manera tan sustantiva y radical el modo, la manera, la velocidad y los ritmos de la comunicación e intercomunicación en las sociedades y las personas y dicho al pasar y con la profundidad y trascendencia que tiene el trato y el manejo de la verdad se une a la inminencia de las transformaciones resultado de la acción humana del clima y las condiciones medioambientales de la existencia de la especie.

Estas condiciones emergentes han devenido y se han instalado en el último periodo breve como una influencia esencial que determina, sobredetermina e interdetermina en una compleja y dinámica dialéctica los elementos que si eran factores exclusivos en la reflexión y el manejo de la acción y prospección social, cultural, política y también subjetiva hace no tanto tiempo: la economía en cuanto “base material de la existencia”, la política como el oficio del poder y las aspiraciones de presencia, preeminencia y dominio para imponer intereses, pero también sus vanidades incluida sus formas más grotescas y crueles de manifestarse.

Este año que en medio de un cuadro epidemiológico que, como dijimos, es el marco en el que se desenvuelve la política corriente y en gran medida para el que se desenvuelve se inauguró casi como una metáfora de lo que está siendo cuestionado y desafiado : la democracia representativa como sistema dominante y marcante desde el fin de la Segunda Guerra con el asalto al capitolio de una turba que parecía una revuelta de desarrapados dementes de la que sin embargo fueron apareciendo con sólida contundencia las evidencias han ido mostrando que eran parte de un plan del Presidente en ejercicio de los EEUU para mantenerse en el poder.

El gobierno de Donald Trump había acelerado y consolidado una tendencia que se orientaba a la pérdida de la preeminencia hegemónica e incontestada en que había quedado situado los EEUU tras un momento breve de hegemonía unilateral e incontrarrestable tras el fin de la guerra fría con la implosión de la Unión Soviética que culminó con la disolución de la misma ahora hace treinta años.

En ese proceso aparecieron fuerzas que buscan dirigir las sociedades con formas y métodos autoritarios e imponer políticas y lineamientos de horizontes breves cuando no miopes capaces de despertar popularidades fugaces y de plazo corto en beneficio de aquellos que con métodos y prácticas de dudosa calidad democrática aunque en lo general manteniendose dentro de sus propias formas, ritos y formalidades sirven intereses subalternos de los que ejercen el poder. Lo que con poca precisión ha dado en definirse con el tan ambiguo como vago concepto de populismo.





Un sinnúmero de fenómenos que no es del caso detallar en este trabajo explican y describen este proceso que aparece de manera muy global y con gran independencia de las sociedades en que surge, ya sea en democracias antiguas y consolidadas como la estadounidense o la inglesa o en otras más noveles y de reciente data.- Ya sea con pretensiones de avanzar en la “igualdad y la justicia social” ya de llevar adelante restauraciones conservadoras.

No es del caso abundar o siquiera mencionar los factores y corrientes sociales profundas que explican el fenómeno los que van en todo caso desde las ya mencionadas transformaciones cualitativas en las tecnologías de comunicación hasta la exacerbación del individualismo y el egoísmo solipsista. “La sociedad no existe” afirmaba Margaret Thatcher en 1987 iniciando el descomunal proceso revolucionario que hoy a la hora de su agotamiento aparece sin propuestas de reemplazo claro, pero objetiva y subjetivamente contestado en modos diversos en las diferentes sociedades.

La crisis en la economía mundial del 2008, el fracaso de iniciativas militares unilaterales por parte de Washington, la emergencia de fenómenos tan nuevos como desconocidos como el terrorismo que apelaba a una forma pervertida de interpretación del Islam, la búsqueda de reposicionarse en el concierto internacional de la derrotada Rusia heredera del fracasado proyecto soviético, la consolidación no carente de debilidades, búsquedas exitosas y frustradas de la Unión Europea como un sujeto innovador y novedoso en el concierto de las naciones y sobre todo la aparición como sujeto proactivo internacionalmente de China, pletórico de autoestima y dispuesto a hacer valer su tamaño, su fuerza y su poder acumulado con discreción y paciencia desde la conducción de Deng Xiaoping a fines de los 70 son manifestaciones de la crisis que viven las sociedades.

Es ese periodo en que “lo viejo ya no es capaz de imponerse y lo nuevo no ha terminado de nacer” como describió un autor hoy desmonetizado de principios del siglo en un libro para el que tomó prestado el título de una novela de su paisano Nikolái Chernychevski de 1863.

Con este telón de fondo, sin que la pandemia de señales de ir cediendo aunque con la invaluable existencia corriente de vacunas producidas en tiempo record y con planes de inoculación que se fueron extendiendo con éxitos disímiles y no sin dificultades que iban desde la inoperancia o debilidad de los sistemas públicos de salud hasta resistencias de sectores cuyos argumentos no pocas veces lindaban en la extravagancia supersticiosos los conflictos y disputas por la consolidación preeminencias, posicionamientos, en definitiva de roles hegemónicos de los jugadores principales marcaron la tónica y el ritmo de la política global en el 2021.

En este escenario la presencia y el rol de los países y regiones periféricas tendió a hacerse más débil y marginal, ello vale también para América Latina que pareciera valer en términos del equilibrio global sólo como campo menor de disputa sin mayor influencia o incidencia en las tendencias generales.

Desde luego su marginalidad como región y cada uno de los países individualmente no obsta a que debamos consignar el muy sistemático avance de China en distintos planos, niveles y espacios -similar al que desarrolla en otras regiones de la periferia global- en la región no solo en el plano comercial y económico, (es el principal socio comercial de Chile por ejemplo), sino en el de la influencia política como lo demuestra su ofensiva en América Central donde ha ido reemplazando casi del todo a las representaciones de Taiwan que se habían logrado mantener en la subregión en contrario a la tendencia general de los países de 1971 en adelante e incluso en el militar vía abastecimientos de armas y tecnología en esa dimensión.

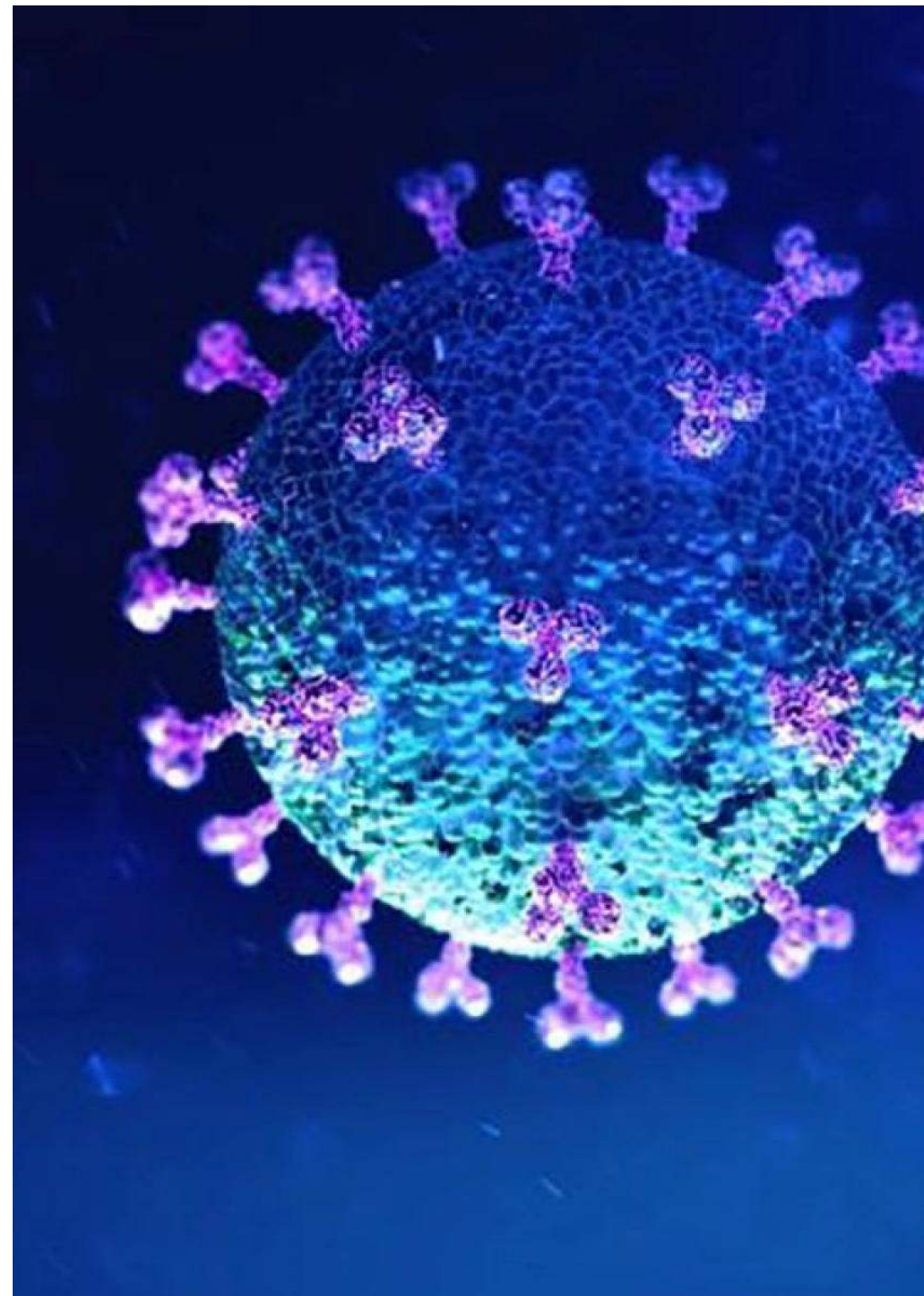


La Unión Europea por su parte mantiene una influencia económica significativa y la mayor presencia en la Cooperación al desarrollo y sobre todo en los países de más al sur una potente influencia cultural. Destacan fenómenos como una notoria intervención en países como Venezuela donde los niveles de degradación social y democrática se han convertido en tristes epítomes de la decadencia de lo que fueron países ricos y de expectantes potencialidades democráticas en América Latina.

Elo ,y con sustento, no ha sido óbice para que durante el periodo al que nos estamos refiriendo José Borrel haya hecho reiteradas advertencias de la pérdida de actividad exterior europea en América Latina.

Estados Unidos por su parte aún con la llegada de Biden y algunas acciones de Kamala Harris que parecieron ser más cercanas a la búsqueda de un sitio propio en su nueva posición que un diseño estratégico de nueva relación con su región al sur mantiene una relación débil e intermitente con la región que se manifiesta casi exclusivamente con actitudes críticas frente a Venezuela, Cuba o Nicaragua que tienen que ver más con cuestiones de política interna que con visiones o planes globales de configuración cuantitativa y cualitativa de vínculos entre sujetos internacionales histórica y geográficamente tan interrelacionados.

Desde Chile - es prudente en este balance y circunstancia mencionarlo- y encajado en el proceso de cambio que parece anunciarse tras numerosas elecciones que en un proceso institucional trufado con momentos de ruptura que han despreciado y puesto en cuestión la institucionalidad democrática conquistada en la lucha antidictatorial.



Los caminos democráticos han logrado imponerse. Desde ellos y en la perspectiva del cambio que se anuncia la reinsertión en un sistema global complejo y fluido, sin definición previsible en el periodo breve, aparece en lo internacional cómo el primer desafío en dónde el modo y manera de vincularse con los jugadores principales en la disputa al interior de lo que hemos dado el llamar el “interregno hegemónico” marcará en lo sustantivo su posicionamiento como país pequeño y de influencia global escasa más allá de su insular y algo provinciana autoestima de modelo inaugural de procesos.

En este plano las retóricas hiperbólicas servirán de poco. El desarrollo global en curso de reordenamiento de fuerzas y su rol en él pasa lejos de la ausencia torpe con algún aspaviento publicitario chambón de la política exterior del último periodo. Pasa, sin duda y en contrario por saber situarse a partir de sus intereses en fuerzas que no controla, pero que sin más pueden controlarlo.

África, en este periodo...y también en otros, pareciera valer para los países centrales sólo cómo amenaza de potenciales emigraciones en el caso de la UE y como, cual juego de go, espacios geopolíticos a ocupar para China. La relación de los EEUU con el continente que pareciera tener sólo fuerza y voluntad de cara al pacífico está marcada por la ambigüedad que transita entre la desatención y la intervención brusca y breve y en el mejor de los casos evitar un aumento desmedido de la influencia territorial y económica de Rusia y China principalmente. En ello, como en Siria o Australia no repara en los daños que pueda inferir a la relación con la Unión Europea.



En Europa transcurren paralela y encontradamente dos fenómenos que le son propios más allá de los vínculos exteriores al continente, los avances y tensiones de la Unión Europea misma y las relaciones con Rusia, esa relación que es tan íntima, compleja y propia de la historia larga del continente.

El aniversario del fin de la Unión Soviética el 25 de diciembre del 2021 revitalizó las manifestaciones y también las frustraciones y fantasmas de una relación compleja y con complejos.

En algún trabajo anterior hablamos de este punto, desde sus expresiones en la literatura hasta la manera de vincularse en la política y la diplomacia cotidiana las distintas partes, del fin de la guerra fría y la nueva configuración del continente pasando por la disolución de la URSS -que fue entendida en la muy potente conciencia nacional rusa como el término de la vieja Rus, el imperio milenario- y la guerra de los Balcanes esa paradójica y sangrienta “conferencia de paz” para configurar el nuevo orden tras la Guerra Fría.

Rusia, una economía similar en tamaño a la italiana, pero que con más de diecisiete millones de kilómetros cuadrados es el más extenso del planeta y posee una potencia militar sustentada en un descomunal arsenal atómico busca ser protagonista y jugador principal en la nueva configuración que va surgiendo donde parte de esa configuración es la manera de resolver la situación de su entorno inmediato.

El conflicto de Ucrania es la expresión más patente de ello y lo que ha dado en llamarse “la guerra híbrida” donde se combinan de manera poco tradicional los factores energéticos y migratorios abre un campo de conflictividad tan lleno de inseguridades como imprevisible.

Aquí aparece el cuestionamiento desde distintos ángulos al Tratado del Atlántico Norte la OTAN, que fuera punto de encuentro inmovible de lo que dió durante la Guerra Fría en llamarse “occidente”, no obstante las más de una propuesta de la Unión Soviética y posteriormente Rusia de integrarse de alguna manera a ella comenzó su declinio tras el cambio de prioridades de EEUU, la mayor aspiración de independencia estratégica de la UE y la demostración fáctica de sus limitaciones en los Balcanes -su primera intervención militar en tanto tal-, en la apelación de EEUU a la solidaridad de los miembros en Irak y los resultados conocidos y recientemente en la debacle bochornosa en Afganistán. “Muerte cerebral” ha llegado a diagnosticarle Emmanuel Macron.

También en ello hace pie lo que Josep Borrel ha estado desarrollando con lo que ha dado en llamarse “Brújula Estratégica” que contempla el principio que “no basta con que la UE ejerza su poder blando a través de la política comercial y de DDHH...” nos gusta el mundo de Kant, pero vivimos en el de Hobbes” (Borrel dixit),

“

Aquí aparece el cuestionamiento desde distintos ángulos al Tratado del Atlántico Norte la OTAN, que fuera punto de encuentro inmovible de lo que dió durante la Guerra Fría en llamarse “occidente”

”

sino en la conformación de una Fuerza de Reacción Rápida con cinco mil militares activos respaldado por un fondo de 8 mil millones de euros para proyectos conjuntos de armamentos y 5,6 mil millones más para un “Fondo Europeo de Apoyo a la Paz” que es una forma algo elíptica de hablar de acciones militares.

Sin duda el cambio de gobierno en Alemania, la salida de Angela Merkel y la llegada al poder de una alianza inédita encabezada por la Socialdemocracia marcará un giro en los temas de la UE, desde luego la relación con Rusia y especialmente lo referido a Ucrania, pero también el vínculo transatlántico y el modo de vínculo, cooperación y conflicto con China. Es sin duda el inicio de un giro en los ritmos de las políticas de Bruselas tanto como decíamos con sus socios y concurrentes exteriores en la configuración de la mencionada nueva estructura de poder cómo dentro de ella misma con los desafíos de países como Polonia y Hungría a los usos y costumbres democráticos del sistema cuanto los que se abren con una Gran Bretaña en la que se despliegan ya abiertamente las dificultades que se previeron significaría el Brexit.

En este cuadro lo principal, sin embargo, sigue siendo el modo y la manera como vaya articulándose y resolviéndose la relación entre China y los EEUU que tendrá paradójicamente su espacio de resolución no en la manera cómo impongan sus intereses económicos, territoriales o incluso cómo ostenten su fuerza militar, sino en el éxito que tengan frente al cambio climático...y ello vale para los otros competidores de la misma manera.

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín